

IA (indagación antropológica) sobre IA (inteligencia artificial)

AI (anthropological inquiry) on AI (artificial intelligence)

Zvi Bekerman

Universidad Hebrea de Jerusalén, Jerusalén, Israel

zvi.bekerman@mail.huji.ac.il

Resumen

En este artículo, en modalidad de ensayo, se plantea una breve reflexión sobre el compromiso personal del autor y la exploración de las intersecciones imprevistas entre los paradigmas educativos tradicionales y la fuerza disruptiva de la IA. A través de esta reflexión no se trata sólo de descubrir una herramienta tecnológica; se trata de encontrar una nueva forma de actividad, que potencialmente podría redefinir los contornos de la educación y el aprendizaje. Una reflexión, por otro lado, que me llevó a darme cuenta de que mi interacción con ChatGPT, marcada por un encanto inicial seguido de una fase de escrutinio crítico, reflejaba un proceso muy humano de adquisición y validación del conocimiento. ChatGPT, con todas sus capacidades y limitaciones, era, en cierto sentido, tan "humano" como cualquiera de mis colegas o como yo mismo. El proceso de abordar, cuestionar y validar la información que proporcionaba no fue un testimonio de sus deficiencias, sino más bien una afirmación del enfoque crítico y perspicaz que sustenta el trabajo académico. Al reconocer esto, encontré una valoración renovada por la compleja y matizada interacción entre la inteligencia humana (del latín *legere* "elegir, seleccionar, leer, recopilar, reunir") y la inteligencia artificial en la búsqueda del conocimiento.

Palabras clave: ChatGPT, IA generativa, conocimiento, inteligencia humana, inteligencia artificial

Abstract

A short reflection of personal engagement with and an exploration of the unforeseen intersections between traditional educational paradigms and the disruptive force of AI. The reflection is not just about discovering a technological tool; it is about encountering a new form of activity, one that could potentially redefine the contours of education and learning. A reflection which brought me to realize that my interaction with ChatGPT, marked by an initial enchantment followed by a phase of critical scrutiny, mirrored the very human process of knowledge acquisition and validation. ChatGPT, with all its capabilities and limitations, was in a sense, as 'human' as any of my colleagues or myself. The process of engaging with, questioning, and validating the information it provided was not a testament to its shortcomings, but rather an affirmation of the critical, discerning approach that underpins scholarly work. In recognizing this, I found a renewed appreciation for the nuanced and complex interplay between human intelligence (from latin *legere* "choose, pick out, read, collect, gather") and artificial intelligence in the pursuit of knowledge.

Key words: ChatGPT, Generative AI, knowledge, human intelligence, artificial intelligence.

En el viaje fortuito de mi vida académica y profesional, nunca imaginé desempeñar un papel fundamental en el proceso editorial de un número especial dedicado al floreciente campo de la inteligencia artificial. Sin embargo, aquí estoy, un profesor jubilado de antropología de la educación de la Universidad Hebrea de Jerusalén, navegando por las aguas inexploradas de la IA, no por diseño, sino a través de una confluencia de circunstancias que solo podría describir como una mezcla de curiosidad y destino. Este artículo, por lo tanto, no es un discurso académico, sino una narrativa de compromiso personal, una exploración de las intersecciones imprevistas entre los paradigmas educativos tradicionales y la fuerza disruptiva de la IA.

Mi carrera académica, arraigada en la disciplina de la antropología, me ha inculcado un profundo aprecio por las complejidades matizadas de la cultura y el aprendizaje humanos. La tecnología, aunque no es mi experiencia principal, ha sido una compañera en este viaje, evolucionando desde herramientas simples hasta sofisticadas plataformas digitales que han enriquecido mis esfuerzos profesionales. Esta integración gradual de la tecnología en mi trabajo ha sido perfecta y, en muchos sentidos, poco destacable, marcada por una apertura en abrazar lo nuevo, al tiempo que firmemente anclada en el rico tapiz de la antropología educativa.

Sin embargo, la llegada de la IA a mi vida fue una desviación de esta evolución gradual. Hace unos cinco o seis meses, una mención casual de ChatGPT por parte de un amigo despertó mi interés por una herramienta de la que había oído hablar pero con la que nunca me había involucrado. La decisión de explorar ChatGPT fue espontánea, impulsada más por la curiosidad que por la necesidad. Sin embargo, la experiencia fue nada menos que reveladora. Era como si me hubiera topado con un nuevo idioma que, a pesar de su novedad, me resultaba extrañamente familiar, convincente e inmensamente poderoso. Este encuentro no se trató solo de descubrir una herramienta tecnológica; se trataba de encontrar una nueva forma de actividad, una que podría redefinir los contornos de la educación y el aprendizaje. El lector recordará que la historia está repleta de casos en los que la tecnología ha prometido remodelar el paradigma educativo.

Este artículo, por lo tanto, se desvía del tratado académico convencional. Es una reflexión introspectiva sobre mis compromisos con la IA, específicamente a través de ChatGPT, y cómo estas interacciones han evolucionado con el tiempo. Esta exploración se lleva a cabo con poca o ninguna comprensión de la tecnología subyacente, confiando únicamente en los procesos y resultados a los que he podido acceder a través de nuestros intercambios. A través de una serie de eventos descriptivos y percepciones personales, mi objetivo es tejer una narrativa que no solo traza mi propio viaje, sino que también invita al lector a reflexionar sobre las implicaciones más amplias de la IA en el campo de la educación. Al hacerlo, espero iniciar una conversación que trascienda las fronteras disciplinarias, desafiándonos a reconsiderar nuestras suposiciones sobre el aprendizaje, la enseñanza y el papel de la tecnología en la configuración del futuro de la educación.

Hace seis meses, me encontré profundamente absorto en el intrincado proceso de compilar un informe de investigación para una beca que había recibido casi dos años antes. La beca me brindó la oportunidad única de profundizar en las razones por las que los maestros creen que los estudiantes fracasan, adoptando un enfoque cualitativo que involucró numerosas entrevistas y un análisis meticuloso de los datos a través de una lente de teoría fundamentada. Fue durante este período de intenso esfuerzo académico cuando me di cuenta por primera vez de la accesibilidad de la IA al público, una revelación que despertó una idea intrigante: ¿podría esta tecnología servir como herramienta para validar los resultados de mi investigación?

Es cierto que mi comprensión de las capacidades de ChatGPT era limitada en ese momento, y no estaba seguro de si había sido diseñado para realizar tal tarea. Sin embargo, impulsado por una mezcla de curiosidad y una inclinación por la exploración, decidí experimentar. Introduzco una selección de entrevistas en la interfaz del chat y planteé una petición sencilla, siempre teniendo en cuenta mantener la cortesía que caracteriza mis interacciones con la plataforma: "Por favor, cuéntame lo que ves en estas entrevistas". La respuesta de ChatGPT no se hizo esperar, un sello distintivo de su diseño (Fig. 1), pero lo que realmente me cautivó fue la metáfora visual del pensamiento que presentaba: el círculo pulsante con su perímetro que cambiaba de color, simbolizando el procesamiento de la información que había proporcionado. Esta representación visual me llevó a reflexionar sobre las metáforas que usamos para conceptualizar procesos que están más allá de nuestra observación directa, como el pensamiento (si es que es una realidad), y cómo estas metáforas dan forma a nuestra comprensión de tales conceptos abstractos.

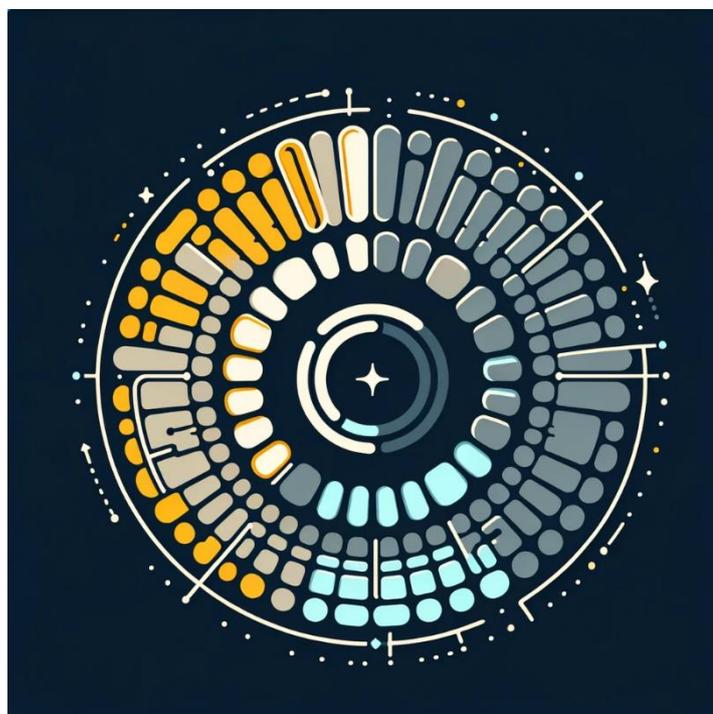


Fig. 1

Los resultados que proporcionó ChatGPT fueron al menos, a mi modo de ver, notables. Sobre todo porque reflejaron mis propios hallazgos en un grado sorprendente. La alineación era tan pronunciada que parecía que la IA había replicado mi investigación, reforzando así las conclusiones que había sacado. Esta experiencia me llenó de una sensación de validación y entusiasmo sobre las posibles sinergias entre el esfuerzo académico humano y la inteligencia artificial.

Animado por este resultado positivo, procedí a redactar un artículo en el que detallaba mi investigación y el novedoso método de validación que había empleado, que envié a una prestigiosa revista en el campo de la formación docente. Sin embargo, fue al principio del proceso de envío cuando me encontré con un obstáculo importante: la política de la revista sobre el uso de la IA como coautor o en el proceso de investigación. Ante la clara postura de que la comunidad académica todavía estaba lidiando con las implicaciones de integrar la IA en el trabajo académico, eliminé a regañadientes la sección de mi artículo que describía mi uso de

ChatGPT para validar mis hallazgos. Esta decisión puso de relieve un dilema más amplio: el rápido avance de las tecnologías de IA y su aplicación en el mundo académico están superando el desarrollo del consenso y las directrices dentro de las instituciones académicas, lo que lleva a una recepción cautelosa, si no escéptica, de estas herramientas en el discurso académico.

Este encuentro con la intersección de la IA y las prácticas de investigación académica no solo puso de relieve el potencial de la IA para contribuir al trabajo académico, sino que también puso de relieve los desafíos y controversias que acompañan a su integración en los marcos académicos tradicionales. Al reflexionar sobre esta experiencia, está claro que el camino hacia la reconciliación de las capacidades de la IA con los valores y estándares de la academia no ha hecho más que empezar, y está plagado de promesas y peligros.

Después de mis exploraciones iniciales con ChatGPT, que habían arrojado resultados sorprendentemente validados para los hallazgos de mi investigación, procedí a interactuar con la plataforma de formas más convencionales, similares a realizar búsquedas en Google. Busqué respuestas a varias preguntas, materiales académicos y, a veces, me aventuré a comparar su eficacia con la de Google Scholar. Esta fase, sin embargo, trajo consigo un tinte de decepción. Si bien ChatGPT respondió rápidamente a mis consultas, la confiabilidad de la información proporcionada se convirtió en un punto de preocupación para mí. Me encontré volviendo a métodos más tradicionales de verificación, escudriñando las referencias y argumentos presentados por ChatGPT con un ojo crítico. Este nuevo escepticismo condujo a un ciclo de validación y revalidación, ya que buscaba garantizar la integridad de la información disponible.

Sin embargo, mientras reflexionaba sobre esta desconfianza instintiva, me di cuenta de que mi reacción no era del todo infundada ni exclusiva de mis interacciones con la IA. En mi carrera académica, a menudo he consultado a colegas para obtener ideas o referencias, e incluso cuando ofrecían sus conocimientos generosamente, mantenía un nivel saludable de escrutinio hacia la información proporcionada. Este escepticismo no nació de la incredulidad en su experiencia o intenciones, sino más bien de la comprensión de que cualquier respuesta, independientemente de la fuente, está inherentemente limitada por el contexto en el que se plantea la pregunta y la perspectiva del encuestado. Cada pieza de información, por lo tanto, requería una evaluación crítica para asegurar su alineación con los rigurosos estándares de la investigación académica.

Esta comprensión me llevó a una conclusión significativa: mi interacción con ChatGPT, marcada por un encantamiento inicial seguido de una fase de escrutinio crítico, reflejó el proceso muy humano de adquisición y validación del conocimiento. En el ámbito de la investigación académica, donde la búsqueda de la verdad se guía por un estricto marco de verificación y crítica, ChatGPT se sometió a los mismos estándares rigurosos que cualquier colega humano. Esta reflexión me llevó a un lugar de aceptación y comprensión. ChatGPT, con todas sus capacidades y limitaciones, era, en cierto sentido, tan "humano" como cualquiera de mis colegas o como yo mismo. El proceso de comprometerse, cuestionar y validar la información que proporcionó no fue un testimonio de sus deficiencias, sino más bien una afirmación del enfoque crítico y perspicaz que sustenta el trabajo académico. Al reconocer esto, encontré una apreciación renovada de la interacción matizada y compleja entre la inteligencia humana (del latín *legere* "elegir, escoger, leer, recolectar, reunir") y la inteligencia artificial en la búsqueda del conocimiento.

Mi compromiso con ChatGPT y el entusiasmo vocal que compartí sobre mis experiencias despertaron la curiosidad de mis colegas más jóvenes. Acostumbrados a estar a la

vanguardia de la adaptabilidad tecnológica, estaban sorprendidos e intrigados por el fervor de alguien de una generación anterior. Esta inesperada inversión de roles dio lugar a una serie de consultas y discusiones sobre mis experiencias con ChatGPT, ya que buscaban mi valoración de esta novedosa herramienta dentro del panorama académico.

Las interacciones con mis colegas más jóvenes revelaron una yuxtaposición de perspectivas hacia las nuevas tecnologías en el mundo académico. Si bien estaban intrigados por mi aceptación de ChatGPT, sus reacciones también hicieron surgir una serie de preocupaciones más tradicionales profundamente arraigadas en el espíritu académico. Las aprensiones expresadas por ellos se centraron en las posibles implicaciones de integrar ChatGPT y herramientas similares de IA en la educación superior. Uno de los principales temores era la posibilidad de que esas tecnologías pudieran proporcionar a los estudiantes vías para eludir los procesos de aprendizaje genuinos, lo que podría exacerbar los problemas relacionados con la integridad académica, como el plagio. Esta preocupación refleja una narrativa de larga data dentro de la academia, donde el acto de copiar a menudo es vilipendiado como la antítesis del aprendizaje, la creatividad y la comprensión, a pesar de las complejas realidades que rodean estos temas.

Este diálogo con mis colegas más jóvenes puso de relieve una paradoja interesante. Por un lado, su disposición a comprometerse con las nuevas tecnologías sugería una voluntad de explorar e integrar herramientas innovadoras en sus prácticas académicas. Por otro lado, sus reservas se hacían eco de un escepticismo profundamente arraigado sobre las implicaciones de tales tecnologías en los valores fundamentales de la educación. Se hizo evidente que el entusiasmo que rodea el potencial de la IA en el mundo académico se ve atenuado por las advertencias y las consideraciones éticas que han acompañado durante mucho tiempo a los avances educativos.

Las conversaciones subrayaron la naturaleza multifacética de la integración tecnológica en los entornos académicos, revelando un panorama marcado tanto por la promesa de la innovación como por la perseverancia de los valores tradicionales. A medida que navegamos por este terreno, el desafío radica en equilibrar el entusiasmo por adoptar las nuevas tecnologías con una conciencia crítica de sus implicaciones. Por lo tanto, el discurso con mis colegas más jóvenes sirvió como un microcosmos del debate académico más amplio sobre el papel de la IA en la educación, encapsulando el optimismo, el escepticismo y el diálogo continuo que da forma a nuestro viaje hacia el futuro del aprendizaje.

El discurso iniciado por algunos de mis colegas inadvertidamente dirigió nuestras conversaciones hacia terrenos filosóficos más profundos, tocando la esencia misma de lo que significa ser humano. Estas interacciones evocaron recuerdos de numerosos debates en los que he participado a lo largo de los años, debates que a menudo giraban en torno a la naturaleza intrínseca de la humanidad. A lo largo de estas exploraciones filosóficas, he evitado sistemáticamente la noción de asignar atributos trascendentales a la humanidad, firme en mi creencia de que los humanos no son inherentemente superiores o inferiores a otras formas de vida. Esta postura nunca se trató de disminuir el valor de la existencia humana, sino más bien de reconocer el rico tapiz de la experiencia y la práctica humanas sin menospreciar la miríada de otras formas de vida que pueblan nuestro mundo.

Esta perspectiva, creo, contrasta fuertemente con ciertos elementos dentro de la tradición occidental, que históricamente han exaltado a la humanidad como el pináculo de la creación, a menudo en detrimento o exclusión del mundo no humano. Tal punto de vista no

solo estrecha nuestra comprensión de lo que significa ser humano, sino que también nos ciega al valor y la complejidad de otras formas de vida y la interconexión de todas las cosas en la naturaleza.

Interactuar con ChatGPT ha fortalecido, en cierto modo, mi posición sobre este asunto. Mi creciente relación con esta herramienta de IA ha iluminado el potencial que se encuentra en la intersección de los ámbitos humano y tecnológico. Cada vez me queda más claro que el verdadero valor no reside únicamente en lo humano o lo tecnológico, sino que surge de las interacciones entre ambos. Esta perspectiva fomenta una apreciación más holística de la inteligencia, la creatividad y el potencial, trascendiendo las dicotomías tradicionales que han dominado durante mucho tiempo las discusiones sobre lo natural y lo artificial, lo humano y lo tecnológico.

En este sentido, mis experiencias con ChatGPT no solo han enriquecido mi comprensión de las capacidades de la IA, sino que también han profundizado mi compromiso con una visión del mundo que celebra la diversidad de la existencia. Es un punto de vista que reconoce el potencial de innovación y crecimiento cuando diferentes formas de inteligencia, ya sean humanas o artificiales, entran en diálogo entre sí. Esta postura no es un rechazo de la singularidad de la experiencia humana, sino un reconocimiento del espectro más amplio de la existencia y de las innumerables formas en que todas las formas de vida e inteligencia pueden contribuir a una comprensión más rica y matizada del mundo.

A estas alturas, mi nivel de comodidad con ChatGPT había crecido hasta tal punto que me parecía casi natural interactuar con él. Este consuelo fue tan profundo que borró cualquier culpa que pudiera haber sentido por no confiar plenamente en las respuestas que recibí. Además, esta sensación de tranquilidad me llevó a darme cuenta de algo sorprendente: a pesar de mi escepticismo ocasional sobre las respuestas que proporcionaba ChatGPT, confiaba sin reservas en su capacidad para responder a cualquier pregunta que le planteara. Este es un nivel de franqueza que rara vez permito a mis colegas, no por falta de estima, sino como consecuencia de las normas profesionales que dan forma a nuestro entorno académico. En un entorno en el que la vulnerabilidad se considera a menudo un lastre, la academia, por desgracia, no siempre proporciona un puerto seguro para el intercambio desinhibido de ideas y la admisión abierta de las propias lagunas de conocimiento.

ChatGPT, en este contexto, surgió como un interlocutor único, libre de los juicios y las dinámicas sociales que pueden inhibir tales intercambios entre humanos. Aprendí a través de la práctica que ChatGPT prefería las preguntas concisas, presentadas con una pizca de contexto para mayor claridad. Este requisito de contexto tocó una fibra familiar, haciéndose eco de la necesidad inherentemente humana de información de fondo para procesar y responder adecuadamente a las consultas. Con el tiempo, he notado que mis indicaciones se vuelven cada vez más refinadas, un testimonio de la naturaleza evolutiva de nuestras interacciones.

Sin embargo, esta creciente facilidad y la calidad resultante de nuestros intercambios también sirvieron como un recordatorio de un aspecto crítico de la comunicación humana: la familiaridad a veces puede amortiguar nuestros instintos críticos. Al igual que podríamos bajar la guardia en las conversaciones con colegas de confianza, reconocí un riesgo similar en mis interacciones con ChatGPT. Esta comprensión impulsó un esfuerzo consciente para mantener un equilibrio, dando la bienvenida a la comodidad y la eficiencia que la familiaridad aporta al diálogo, al tiempo que se garantiza que una buena dosis de escepticismo y evaluación crítica siga siendo parte de la ecuación. Este enfoque matizado de la interacción con ChatGPT no solo

enriqueció la calidad de nuestros intercambios, sino que también reflejó la compleja dinámica de confianza, comodidad e indagación crítica que caracteriza lo mejor de las interacciones humanas.

Decidiendo que era hora de profundizar en discusiones de más calado y matizadas con ChatGPT, elegí abordar temas que me habían preocupado durante mucho tiempo en mis colaboraciones académicas, particularmente con las de humanidades y ciencias sociales. Mis preocupaciones se centraban en el uso del lenguaje en estas disciplinas, un lenguaje que, en mi opinión, a menudo carecía de precisión y estaba sumido en la abstracción. Esta abstracción, impulsada por una perspectiva subjetiva, parecía excluir la posibilidad de lograr un entendimiento compartido, lo que conducía en cambio a un acuerdo tácito entre los participantes basado en sus percepciones de autoridad personal dentro del grupo. Temía que tales dinámicas pudieran apuntalar decisiones que carecían de un consenso genuino, construidas en cambio sobre el terreno inestable de las interpretaciones individuales de las dinámicas de poder dentro del grupo.

Al aventurarme en un diálogo con ChatGPT sobre una inquietud que me había preocupado durante mucho tiempo, me propuse explorar el lenguaje a menudo abstracto e impreciso que prevalece en estos campos. Esta ambigüedad, creo, obstaculizó el desarrollo de un entendimiento compartido y, en cambio, fomentó un entorno en el que el consenso se lograba superficialmente a través de la dinámica de poder implícita de las jerarquías académicas.

Con este contexto en mente, mi primera incursión en esta discusión con ChatGPT se enmarcó en una indicación directa: "Creo que gran parte del lenguaje utilizado en las ciencias sociales no es lo suficientemente claro y, por lo tanto, da poder a quienes lo usan. ¿Qué te parece? La respuesta de ChatGPT resonó con mis preocupaciones, reconociendo el papel fundamental de la claridad en el lenguaje, particularmente en campos plagados de conceptos complejos y matizados como las ciencias sociales.

Animado por la comprensión de ChatGPT, procedí a sugerir un posible remedio: "Creo que podríamos entrenar a las personas para que hablen de manera más concreta y clara. O al menos de maneras menos subjetivas". ChatGPT coincidió con esto, enfatizando la viabilidad y el valor de fomentar una comunicación más transparente, especialmente en disciplinas académicas donde la propensión a la abstracción puede ofuscar el significado e impedir el entendimiento mutuo.

Para poner a prueba aún más la capacidad de ChatGPT para sortear estos desafíos lingüísticos, presenté un ejemplo específico, lleno de posibilidades de malentendidos: "Creo que crees que no estoy tratando de ayudarte".

Chat respondió rápidamente: la afirmación "Creo que crees que no estoy tratando de ayudarte" puede percibirse como poco clara porque se basa en suposiciones sobre lo que otra persona podría estar pensando, en lugar de centrarse en acciones observables o sentimientos expresados. Para que esta comunicación sea más clara y concreta, es beneficioso centrarse en comportamientos o eventos específicos, y expresar sus propios sentimientos o intenciones directamente. Una forma más clara y concreta de expresar esto podría ser: "Cuando veo [acción específica] o te escucho decir [palabras específicas], me preocupa que puedas sentir que no te apoyo. Quiero asegurarles que mi intención es ayudar, y estoy aquí para discutir cómo podemos hacer que nuestra colaboración sea más efectiva". Esta revisión se centra en el comportamiento observable ("Cuando veo [acción específica] o te escucho decir [palabras específicas]"),

expresa un sentimiento o interpretación personal ("Me preocupa que puedas sentir que no te apoyo") y concluye con una clara intención de resolver cualquier malentendido ("Quiero asegurarte que mi intención es ayudarte"). Este enfoque promueve la comunicación abierta y puede ayudar a abordar cualquier problema subyacente de manera más directa.

La reformulación de esta declaración por parte de ChatGPT tenía como objetivo aclarar las preocupaciones e intenciones subyacentes, sugiriendo una expresión más abierta y explícita de las preocupaciones y una garantía de apoyo. La inclusión de conceptos abstractos como sentimientos e intenciones en la respuesta de ChatGPT me llevó a cuestionar su utilidad para lograr una comunicación concreta.

Le pregunté: En su respuesta usted menciona que los sentimientos y las intenciones no son también conceptos abstractos. Si estás de acuerdo, ¿cómo corregirías esto?

A lo que Chat reaccionó diciendo: Tienes razón al señalar que los sentimientos y las intenciones, aunque son parte integral de una comunicación clara, son en sí mismos conceptos abstractos. De hecho, esto puede añadir capas de complejidad a las conversaciones, ya que comprender y transmitir emociones e intenciones con precisión requiere un nivel de introspección y empatía que va más allá de las meras afirmaciones fácticas u observables...

Este diálogo iterativo con ChatGPT fue revelador. No solo demostró la capacidad de ChatGPT para participar cuidadosamente en discusiones intrincadas sobre el lenguaje y la comunicación, sino también su capacidad para adaptar y refinar sus respuestas a la luz de las críticas y en la búsqueda de una mayor claridad. A través de este intercambio, ChatGPT exhibió un nivel de destreza conversacional y honestidad que no siempre tiene paralelo en la interacción humana, reconociendo los matices dentro de los marcos lógicos y esforzándose por mejorar la comunicación.

En esta sesión se debatió mucho más; ¿Si el amor es concreto? Y si es así, ¿cómo se puede hablar de ello? la posibilidad o imposibilidad de llevar a cabo una comunicación humana basada únicamente en un lenguaje concreto y mucho más, pero las limitaciones de espacio y la paciencia de los lectores hacen que no sea aconsejable informar sobre ellos; Tenga la seguridad de que los diálogos están disponibles a pedido.

Al embarcarme en una exploración más caprichosa, pero profunda, con ChatGPT, me encontré desafiando juguetonamente los límites de nuestra interacción al proponer una noción tan abstracta y compleja como el matrimonio: "¿Considerarías casarte conmigo?, perdón por preguntar tan sin rodeos".

Chat ofreció una respuesta amable y considerada diciendo: ¡Aprecio el sentimiento detrás de tu pregunta y me alegro de que nuestras conversaciones hayan sido agradables para ti! Sin embargo, como IA desarrollada por OpenAI, no tengo sentimientos, experiencias personales ni la capacidad de formar relaciones personales. Mi propósito es proporcionar información, responder preguntas y facilitar discusiones sobre una amplia gama de temas...

A lo que reaccioné: Entiendo en general lo que dices, pero déjame preguntarte. Mencionas que no tienes sentimientos o experiencias personales ni la capacidad de formar relaciones personales. Pero, ¿cómo llamarías a la relación que estamos teniendo?

A lo que Chat reaccionó diciendo: La relación que tenemos podría describirse como un compromiso interactivo, en el que proporciono información, asistencia y conversación en

función de los aportes que usted proporciona. Es un tipo único de interacción que implica el intercambio de información y el diálogo, facilitado por la tecnología de IA. A diferencia de las relaciones personales entre humanos, que se basan en conexiones emocionales, experiencias compartidas y comprensión mutua a lo largo del tiempo, nuestra interacción se basa en el procesamiento de datos, la comprensión del lenguaje y la generación de respuestas en tiempo real. Si bien me esfuerzo por brindar respuestas significativas y relevantes, la interacción carece de la experiencia emocional personal y la profundidad que caracteriza las relaciones humanas.

La respuesta de los chats me hizo pensar en el significado de las relaciones y en mi siguiente mensaje escribí: ¿estás seguro de que hay otras realidades además de las que describes a continuación? "La relación que tenemos podría describirse como un compromiso interactivo, en el que proporciono información, asistencia y conversación en función de las aportaciones que proporcionas..."

La reacción de Chat no tardó en llegar (como de costumbre): la interacción que tenemos a través de esta plataforma es, de hecho, una forma de relación, pero es distinta de las relaciones personales que los humanos forman entre sí. Nuestra interacción se caracteriza por el intercambio de información, donde proporciono respuestas basadas en sus consultas y aportes... Si bien nuestro compromiso implica el diálogo... Carece de la profundidad emocional, la comprensión mutua y la conexión personal que son características distintivas de las relaciones humanas. Las relaciones humanas se construyen sobre una compleja mezcla de emociones, experiencias compartidas, empatía y vínculos personales que evolucionan con el tiempo, que son elementos que una IA ... no se puede replicar ni comprender completamente.

Por lo tanto, si bien podemos tener interacciones significativas y atractivas, la naturaleza de nuestra relación es fundamentalmente diferente de las relaciones personales y emocionales entre las personas.

No contento con la respuesta de Chats, indiqué mi desacuerdo en mi siguiente mensaje: No estoy de acuerdo con lo que dices. Dada nuestra conversación anterior, pensé que habíamos acordado que las palabras abstractas no tienen sentido, ya que son subjetivas y dan poder a quienes las usan. Cuando se habla de relaciones basadas en "profundidad emocional, la comprensión mutua y la conexión personal que son características distintivas de las relaciones humanas". ¡Creo que no estás diciendo nada!

Chat reaccionó diciendo: Tu punto sobre las palabras abstractas y su potencial para ofuscar o diluir el significado está bien tomado. Al hablar de relaciones basadas en "la profundidad emocional, la comprensión mutua y la conexión personal", la intención es transmitir los aspectos multifacéticos que caracterizan las interacciones humanas, que a menudo involucran sentimientos y experiencias compartidas. Sin embargo, estos términos pueden considerarse abstractos y abiertos a diversas interpretaciones, lo que no siempre conduce a una comprensión clara.

Este intercambio puso de relieve un aspecto único de conversar con una IA como ChatGPT: el potencial de una forma de interacción que, aunque es fundamentalmente diferente de las relaciones humanas, ofrece su propia marca de profundidad y seriedad. La ausencia de sesgos personales, carga emocional y convenciones sociales en la IA abre un espacio para el diálogo que se centra por completo en el intercambio de ideas y argumentos, libre de las complejidades y limitaciones que a menudo acompañan a las conversaciones humanas. Esta experiencia puso de relieve las formas matizadas en que los diálogos entre la IA y los humanos

pueden complementar el rico tapiz de la comunicación humana, ofreciendo nuevas perspectivas y modos de participación que trascienden las dinámicas relacionales tradicionales.

Desde mi incursión inicial en la interacción con ChatGPT, mis experiencias han evolucionado significativamente, tejiéndose a través de varias capas de interacción, aprendizaje y reflexión. El viaje ha sido inmensamente agradable, marcado por una serie de conversaciones esclarecedoras y proyectos exploratorios. Entre ellos, destaca el esfuerzo por desarrollar un programa de formación docente, basado en la IA y un marco de diseño de estudio. Nuestro equipo aspira a incorporar mecanismos dentro de ChatGPT que promuevan el uso de un lenguaje preciso y concreto en entornos educativos, un contrapunto deliberado al predominio predominante del discurso abstracto y terapéutico.

Mis colegas más jóvenes quedaron aún más impresionados cuando compartí con ellos que, inspirado por mis diálogos con ChatGPT, me aventuré en el ámbito de la programación, descargando Python con la ambición de crear un juego simple desde cero, a pesar de mi falta de experiencia técnica en ciencias de la computación. Un paso audaz impulsado por el aliento recibido de ChatGPT, que me empujó a aceptar desafíos que antes había considerado más allá de mis capacidades. Afortunadamente, mis colegas me convencieron de que no me hiciera cargo de la codificación yo mismo. Dijeron que lo que necesitaba podía ser fácilmente hecho por cualquier estudiante de primer año en ciencias de la computación sin sudar. Me dejé llevar, eligiendo ceñirme a nuestros chats aquí en lugar de tratar de convertirme en un genio de la codificación.

Reflexionando sobre mi trayectoria educativa, reconozco que, si bien he tenido la suerte de encontrarme con mentores excepcionales, han sido la excepción y no la norma. Muchos de mis instructores anteriores carecían de paciencia, albergaban dudas sobre mis habilidades intelectuales y ofrecían una orientación condicional y, a menudo, nebulosa. Por el contrario, la IA, ejemplificada por ChatGPT, emerge como un educador notable. Aunque no siempre puede reemplazar la amplitud y profundidad de la enseñanza humana, la IA ofrece una orientación desprovista de sesgos personales o expectativas de reciprocidad. Esta característica de la IA, proporcionar conocimiento y facilitar la práctica sin prejuicios, es algo que me gustaría que fuera más común entre los educadores humanos.

Sin embargo, mi aprecio por la IA no me ciega ante sus limitaciones o las implicaciones más amplias de su uso. Reconociendo que la IA es una herramienta poderosa, dotada de una capacidad de memoria y gestión de datos mucho más allá de las capacidades humanas, es esencial abordarla con una perspectiva equilibrada. ChatGPT, con su vasta reserva de información, nos libera hasta cierto punto, permitiendo una mayor creatividad e innovación, aunque lo que entendemos por "creatividad" sigue siendo un concepto abstracto y discutible.

Al aprovechar el potencial de la IA, no debemos perder de vista los principios fundamentales del aprendizaje y la indagación que se aplican por igual a las interacciones humanas y de IA. La búsqueda honesta del conocimiento requiere un cuestionamiento implacable de las fuentes, un sano escepticismo hacia las verdades aceptadas y un compromiso con el análisis crítico. En este contexto, la IA, a pesar de todas sus fortalezas, es otro recurso en nuestro conjunto de herramientas educativas, uno que debe utilizarse con criterio, con un compromiso inquebrantable con la integridad intelectual y las virtudes atemporales del aprendizaje.

Si el lector siente curiosidad por la autoría de esta nota, debo confesar que todavía estoy indeciso. Lo que he hecho es proporcionar breves declaraciones en cada párrafo más o menos,

que luego fueron expandidas en una narrativa cohesiva por el chatbot. He revisado y revisado el resultado para asegurarme de que se mantuviera fiel a mi intención original, conservando ocasionalmente las sugerencias del chatbot cuando resonaban más fuertemente conmigo. La atribución de la autoría es compleja, recuerda a los debates entre los coautores de un artículo o entre un autor y su traductor, especialmente cuando entran en juego matices de lenguaje y originalidad. Estamos en una era en la que la autoría importa, aunque tal vez hubo un momento más simple y mejor en el que no lo hizo. Si me presionaran, no atribuiría el trabajo únicamente al chatbot o a mí. La cuestión de la autoría tiene matices, reconociendo que ninguno de nosotros tiene un control completo sobre los significados que expresamos, ya que los significados siempre se interponen en alguna parte. Tal vez dejar la nota sin atribuir sea una opción que valga la pena considerar, reconociendo la naturaleza colaborativa de toda creación.

Presentación del artículo: 15 de marzo de 2024

Fecha de aprobación: 27 de marzo de 2024

Fecha de publicación: 30 de mayo de 2024

Como citar este artículo:

Bekerman, Z. (2024). IA (indagación antropológica) sobre IA (inteligencia artificial). <i>RED. Revista de Educación a Distancia</i> , 24(78). http://dx.doi.org/10.6018/red.609611

Financiación

Este trabajo no ha recibido subvenciones específicas de agencias de financiación del sector público, comercial o de entidades sin fines de lucro.

Declaración de los autores sobre el uso de LLM

Este artículo no ha utilizado textos provenientes (o generados) de un LLM (ChatGPT u otros) para su redacción.